

XXIV

“No ha menester tu padre de que viertas
Sangre y más sangre, ni la Patria amada.
El padre, ya gozando dichas ciertas,
De hecatombes no gusta. Por la espada
De libertad sus esperanzas muertas
México ve, que madre apasionada
De todos, siente que será más libre
Cuando la guerra ménos rayos vibre.

XXV

“Recibe, pues, el soplo omnipotente
De la alta Majestad que aquí me envía;
Sigue el impulso generoso, ardiente
De tu gran corazón y tu hidalguía.
Perdona á triste desolada gente
Que morir teme con el nuevo día;
No hay que perder de tiempo punto ni hora,
Ya del mar surge espléndida la aurora.”

XXVI

Bravo sintió en la frente la frescura
Del soplo celestial, y fuerza extraña
Dentro del alma, y alegría pura;
Mas de súbito cree que se engaña,
Pues el Ángel gracioso no fulgura,
Ni le habla en dulce voz, ni le acompaña.
Despareció cual raudo meteoro,
Como armonía de laúd sonoro.

XXVII

Al trastorno interior, al sobresalto
Que su ausencia le causa, el blando sueño
Le abre los ojos, de poder ya falto
Para seguir de sus sentidos dueño;
Y el héroe, presto á obedecer, da un salto
Al dintel de la alcoba, y en el leño
Golpea con teson, y al golpe vuela
Un ayudante que á la puerta vela.

XXVIII

“Andad, le dice, andad, ántes que estalle
La ira feroz; ordeno . . . ¡andad! Ordeno . . .
Que toda tropa que á mi mando se halle,
Forme cuadro en la plaza. ¡Bueno! . . . ¡bueno!
Y así formada, en gran silencio . . . calle . . .
Y que en el centro . . . estoy de juicio ajeno!
Los que en Puente del Rey fueron vencidos
Y los que en el Palmar, formen unidos.”

XXIX

“A decidir iré yo de su suerte.
No pasará, sin que la fije, una hora;
Y de vida será . . . de vida . . . ó muerte.”
Oida la órden, cuyo fin ignora,
Se aleja el ayudante casi inerte.
Bravo, despues que de rodillas ora,
Pide y monta con ánimo sereno
Un brioso alazan, dócil al freno.

XXX

Afuera, al són de sordos atambores
Y bélicos clarines, se despierta
Medellin. Los inquietos moradores
El lecho dejan; y la doble puerta
De cedro, guarnecida con labores
De bronce, abren con ímpetu, y abierta,
A la gente preguntan alarmada
La causa de la súbita algarada.

XXXI

Nadie responde, porque nadie sabe;
Y como si á deshora á fuego toca
El fundido metal sonoro y grave
Del templo en que el cristiano á Dios invoca,
La gente vuela á la sagrada nave,
Segura de que en ella habrá una boca
Que del incendio le hable, á dó el ruido
Es mayor, cada cual es conducido.

XXXII

Todos afluyen á la grande plaza,
Aunque vienen de rumbos diferentes,
Sin acuerdo entre sí, ni comun traza,
Porque de los clarines relucientes
Allí suena la bélica amenaza,
Y el clamor de los parches estridentes;
Y brillan los fusiles formidables,
Y las temidas lanzas y los sables.

XXXIII

Así suelen las pródidas abejas,
Cuando dispersas en floridos prados,
Buscan las dulces flores, sus añejas
Mieles para robar, y en los cereados
A sus hijos labrar las blancas rejas
De albergue primoroso, si escuchados
Son los reclamos de la reina, á pares
Volar á los desiertos colmenares.

XXXIV

Bulle la plaza principal henchida
De gente; y como están en la granada
Los rubicundos granos, sin salida
La tropa en ella, en cuadro ya formada.
Sin esperanza alguna de la vida,
Mas con valor, serena la mirada,
En el centro se ven, centro de horrores,
Del virey los trescientos servidores.

XXXV

De los que asisten á la triste escena,
Unos en alto dicen: "La justicia
A muerte, por traidores, los condena."
Y otros de entraña blanda y más propicia,
Con feble voz que mueve el aire apena,
Pronuncian: "No fué grande su malicia,
Más que reos de crimen justificable,
Víctimas son de hado lamentable."

XXXVI

En estos sentimientos, de improviso
 Suena ronco clarin, que de que llega
 Personaje de fueros es aviso.
 Todos vuelven los ojos á la vega
 Oriental, verdadero paraíso
 Que el Medellín con sus cristales riega,
 Y "El general en jefe, exclaman, ¡Bravo!
 A sacarnos de dudas viene al cabo."

XXXVII

En efecto, con gracia y con decoro
 Se presenta á la ansiosa muchedumbre.
 Viste dorman azul, bordado de oro,
 Y calzon de ante blanco con vislumbre
 De oro tambien, y cíñese un tesoro,
 Como es en altos jefes la costumbre;
 De este mismo metal y verde seda
 Es la banda que al cinto le hace rueda.

XXXVIII

En la cabeza, ya de angustias parda,
 Lleva sombrero cuyas alas prende
 Por la parte de arriba una cucarda,
 Y penacho gentil que el aire hiende.
 Espada toledana, en duelos tarda,
 Mas que en la guerra, como rayo, esplende,
 Cuelga á su izquierda de templado acero,
 Gloria y amor del ínclito guerrero.

XXXIX

Todos paso le abren, y á sus ojos
 Miran, por si leer pueden en ellos
 Anuncios de bondades ó de enojos,
 De justicia ó piedad vagos destellos.
 Él, sin ceder un punto á sus antojos,
 Y poniendo en su mente dobles sellos,
 Avanza hasta el lugar donde rendidos
 A su imperio se agrupan los vencidos.

XL

El antiguo ruido luego cesa,
 Y la apiñada muchedumbre calla,
 Para oír con terror ó con sorpresa
 La voz del que, ántes que hable, ya avasalla.
 El héroe todavía lleva impresa
 De su dolor la causa, si bien se halla
 Resuelto, y sus quererres son reales,
 A seguir los consejos celestiales.

XLI

Dirigiéndose á presos y soldados
 Con palabra que el marmol eternice,
 Y en aquellos los ojos enclavados,
 "Estos que fiera muerte asedia, dice,
 Son, porque ayer vencidos, ¡desgraciados!
 Pero hay otro, más que ellos, infelice,
 Y soy yo, aunque con lauros de victoria
 Ceñido, y con honor y algo de gloria."

XLII

“El hombre derrotado con afrenta
Allá en Almonacid, á la adorada
Patria que quiere libertad, intenta
En sangre de sus hijos derramada
Ahogar. ¡Guerra franca le amedrenta
Y el empuje de un pueblo le anonada!
Por esto mata sin piedad alguna
Al vil pechero y al de noble cuna.”

XLIII

“Por esto á la existencia más preciosa
Hirió con rudo golpe, al padre caro,
Que en la escarpia pendiente, de una fosa
No tendrá ni el abrigo, ni el amparo.
Ya sabeis mi desgracia; es horrorosa.
Huérfano estoy; me encuentro en desamparo.
En mi padre mató Venegas fiero
Todo mi sér, el corazon entero.”

XLIV

“Mas no pensó el virey que la cuchilla
Con que segó del padre la cabeza,
Brillara al otro dia, como brilla
Con resplandor siniestro, de fiereza
Augurando destrozos á sencilla
Gente, escudo leal de su grandeza.
Vuestra adhesion el premio y sacrificio,
Poniéndoos camino del suplicio.”

XLV

“¡Bárbaro! no pensó que, á sus furores,
Sacrificando la existencia sola
De un padre, las de mil, dignas de amores,
Sacrificaba á un tiempo; y que una ola
Pequeña alza en el mar otras mayores.
Aquel á quien servísteis os inmola.
Hoy rie de vosotros sobre el trono
Y os entrega á mis iras Yo os perdono.”

XLVI

Al decir “os perdono,” las miradas
Se anublan de los bravos prisioneros,
Y á las mejillas por la pena ajadas
Afluyen en riquísimos veneros
Lágrimas que tenían olvidadas.
Y el pueblo todo y los soldados fieros
Con gozo aplaudirian, si no fuera
Que aun habla el héroe, y ser oido espera.

XLVII

“Mis amigos, volved á los hogares
Donde resuena fúnebre lamento,
Ya no de amor idilios, ni cantares,
Pues os creen sin vida y sin aliento.
Calmad de vuestros hijos los pesares,
Y de vuestras esposas el tormento,
Respondiendo mañana á sus reclamos:
“Todavía vivimos y os amamos.”

XLVIII

“Yo sigo en mi patriótica tarea,
Aunque en mar de tristezas anegado.
Si alguno en ella parte ser desea,
Plazas hay para el jefe y el soldado.
Aquí no se asesina, se pelea.
De piedad bajo el lábaro sagrado
La causa de la Patria, causa santa,
Más alto que matando, se levanta.”

XLIX

“No pasarán dos lustros sin que suene
El último clamor de la victoria.
Ignoro si Morelos ó el que viene,
Que vendrá como en alas de la gloria,
De darlo la mision divina tiene.
En cuanto á mí, lo contará la historia,
A México he de ver, libre de saña,
Independiente de la madre España.”

L

Dijo, y partió. De aplausos los clamores
Atruenan los espacios, y dianas
Alegres de clarines y atambores
Y vítores sin término y hosannas.
Los que viven merced á sus favores,
De gratitud dan muestras soberanas,
Doblando los hinojos, y besando
La huella que en el polvo va dejando.

RAFAEL GÓMEZ.

UN HÉROE INMORTAL

HOMENAJE DE SINCERO AFECTO AL SR. GENERAL FRANCISCO O. ARCE.

Los vencidos vencieron, los proscritos
reinaron, los muertos fueron dispensado-
res de la vida! . . .

CASTELAR.

Cuando los primeros albores del siglo XIX descendían sobre los pueblos oprimidos, á manera de aurora resplandeciente, símbolo de libertad y de belleza, como nuncio de venturas y de paz; cuando la España se abatía impotente bajo las garras del águila francesa, anhelante de llevar sus conquistas, como la antigua Roma, á todo el mundo conocido; cuando la Europa entera surgía del sueño letárgico en que yació despues de las Cruzadas hasta que Napoleon quiso adueñarse de los destinos del mundo, y despues que la pluma de Voltaire, conmoviendo las sociedades, las atrajo hácia sí para arrojarlas luego en el caos del más inmundo esceptismo, quebrándose en las manos del filósofo como la espada brillante del atleta; cuando los rayos de una nueva era iluminaron la frente del universo, y la jóven Libertad, ataviada con sus magníficos arreos, marchaba á la cabeza de los tiempos, pura como las vestales, hermosa como la Vénus de la fábula, llevando en la una mano el ancla de la esperanza y en la otra la tajante cuchilla que debia cortar el nudo gordiano de vetustas supersticiones; finalmente, cuando comenzaba nuestro siglo á encarrilarse en el camino de la civilizacion y á ser el prólogo y fin del gran libro en que leen su destino los pueblos libres, entónces tambien la jóven Anáhuac, esclava del hidalgo español durante tres siglos, vió que se entreabria para ella el horizonte de la libertad, y acompañada por la justicia de su derecho, formando el coro gigantesco de ambos mundos, se lanza en pos del ideal que perseguía, con la